

TRIBUNAABIERTA

¿Dónde y cuándo nació la vacuna?

22.10.2007 - RANCISCO GIL CRAVIOTTO

HA llegado, como todos los años, la época de la vacuna. Dicen que los viejos, los niños y los enfermos crónicos son sus clientes principales, pero esto no impide a los demás, si lo creen conveniente, optar a ella. Si usted, amigo lector, es uno de ellos, ¿se le ha ocurrido preguntarse quién es el padre de este prodigioso remedio que todos los años nos protege de gripes y neumonías? Si es así, seguro que después en casa, habrá ido al ordenador y le habrá preguntado a través de internet -la panacea del momento-, por la paternidad de este descubrimiento. Entonces se habrá encontrado con la novedad de que, en el Parque de las Ciencias de Granada, desde hace ya unos días, hay una exposición dedicada a este tema. La inauguró Cándida Martínez y hace referencia muy especialmente a la famosa Expedición Balmis. El médico Francisco Javier Balmis y veintidós niños, todos vacunados contra la viruela, que en 1803 -pleno reinado de Carlos IV- partieron de la Coruña rumbo a Filipinas para llevar al Nuevo Mundo tan grato descubrimiento.

Si usted es además un tanto curioso seguro que, después de esta información, inmediatamente se ha preguntado: ¿Y antes? Es la pregunta que uno también se ha formulado y a la que, recordando en mis viejas lecturas, (entre otros vicios, uno tiene el de la lectura), voy a tratar de responder.

Mientras recibía en el brazo el saetazo me acordé de Voltaire y de una de sus páginas en la que nos habla del tema; fui a sus libros y, en el titulado 'Lettres philosophiques', en la página 118, carta XI, encontré lo siguiente, que traduzco sobre la marcha:

«Se dice en la Europa cristiana, que los ingleses son unos locos rabiosos; locos porque producen la viruela a sus hijos para impedir que la tengan». () «Los ingleses, por su parte, dicen: Los otros europeos son cobardes y desnaturalizados; son cobardes porque temen hacer un poco de pupa a sus niños y desnaturalizados porque los exponen a morir un día de la viruela».

¿Podríamos, en consecuencia, decir que los ingleses son los padres de la vacuna? Pues no; según Voltaire, el invento veía de más lejos, de Turquía nada menos. Fue allí, donde en una región pobre, pero que producía las chicas más guapas del imperio otomano, la Circasia, tuvo lugar el descubrimiento y, al parecer, fueron mujeres las que realizaron tal prodigio. Traduzco de nuevo:

«Las mujeres de Circasia desde tiempo inmemorial hacen uso de la pequeña viruela, incoándola a sus hijas, incluso a la edad de seis meses, haciéndoles una pequeña incisión en el brazo e insertando en ella pus que han obtenido de otro niño. Esta pus hace el efecto de levadura. Fermenta y la reparte en la masa de la sangre. () Los botones de este niño al que se le ha producido la viruela artificial sirven para llevar la enfermedad a otros».

Y todo esto, ¿por qué y para qué? Ahora viene la explicación de Voltaire. Traduzco de nuevo:

«Los circasianos son pobres y sus chicas son hermosas; es con ellas con las que se realiza mayor tráfico: abastecen de bellezas los harenes del gran señor de Sofía de Persia y de todos los que son bastante ricos para comprar y mantener esta preciosa mercancía. Ellos educan a sus hijas en todo y muy especialmente en saber acariciar a los hombres. () Ocurría a veces que un padre y una madre, después de haber dado una buena educación a su hija, de pronto se veían frustrados de toda esperanza: la pequeña viruela entraba en la familia. () Los circasianos se dieron cuenta que de mil personas apenas se encontraban dos que fuesen atacadas dos veces por la misma enfermedad. También observaron que, si las viruelas son benignas y su erupción no traspasa una piel delicada, no dejan ninguna huella en el rostro. De estas observaciones concluyeron que, si un niño de seis meses o un año tenía una viruela benigna y no moría, no quedaría marcado y estaría libre de esta enfermedad para el resto de sus días».

Era la gran solución para no vender averiada su mercancía de mujeres guapas. Pero cabe preguntarse, ¿cómo llegó a Inglaterra tal remedio? Fue, nos vuelve a informar Voltaire, obra de un embajador; mejor dicho, de la esposa del embajador, madame de Wortley-Montaigu, según el mismo escritor, una de las mujeres más inteligentes y valientes de su época; tanto que, a pesar de los avisos en contra de su capellán, que no cesaba de decirle que tal remedio era propio de infieles y no podía dar resultado entre cristianos, tuvo el atrevimiento de hacer la prueba con su propio hijo. Fue todo un éxito. Cuando embajador y embajadora volvieron a Inglaterra, la señora de Wortley comentó el caso con la princesa de Gales, la cual, por si las moscas, prefirió probar con cuatro criminales condenados a muerte. Nuevo éxito: los cuatro salvaron la vida por dos veces: se libraron del verdugo y de la viruela. Sólo entonces la princesa se atrevió a utilizar el remedio con sus propios hijos. Fue así como esta práctica comenzó a extenderse entre las damas de la alta sociedad de Londres y posteriormente llegó a la plebe.

Todo esto lo escribió Voltaire en 1727. Entonces nadie podía adivinar que el rey de Francia, Luís XV, iba a morir unos años después víctima de la viruela. ¿Lo hubiese salvado el remedio de turcos e ingleses? Nadie lo sabe.

No deja de ser significativo en toda esta historia que siempre sean las mujeres las que llevan la voz cantante. No es de extrañar -casi parece la consecuencia lógica-, que también haya sido una mujer, Cándida Martínez, la autoridad que ha tenido el honor de inaugurar la mencionada exposición del Parque de las Ciencias.